

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

Las comunidades alfareras iniciales de Chile central: continuidades y cambios desde el arcaico tardío a las sociedades hortícolas y alfareras.

Lorena Sanhueza. y Fernanda Falabella.

Cita:

Lorena Sanhueza. y Fernanda Falabella. (2001). *Las comunidades alfareras iniciales de Chile central: continuidades y cambios desde el arcaico tardío a las sociedades hortícolas y alfareras. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/202>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/sFH>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Las comunidades alfareras iniciales de Chile central: continuidades y cambios desde el arcaico tardío a las sociedades hortícolas y alfareras

Lorena Sanhueza - Fernanda Falabella

Introducción

En este trabajo presentamos un análisis sobre las continuidades y cambios entre el período arcaico final y el desarrollo de sociedades francamente hortícolas y alfareras en Chile central. Estos eventos se insertan en un período de tiempo que estimamos aproximadamente entre el 800aC y 200d.C., en el momento inicial del período alfarero temprano.

Las evidencias de este lapso temporal han llevado a la definición de las comunidades alfareras iniciales (CAI) que presentan ciertas diferencias, tanto materiales como económicas con la situación anterior del período arcaico final y con la posterior dentro del PAT, específicamente con las unidades Lolloe y Bato (Sanhueza y Falabella 1999-2000).

Este primer momento está representado por las ocupaciones de los sitios Radio Estación Naval (REN), Lonquén (primera y segunda ocupación), Arévalo 2 (primera y segunda ocupación), LEP-C (primer componente), Curaumilla 1 y Cuarumilla 2. Estos sitios, además de presentar fechados tempranos dentro del PAT, se diferencian de los anteriores fundamentalmente por la presencia de cerámica en sus contextos, y de los posteriores por las estrategias de subsistencia y por las características y orientación de la producción cerámica. Si bien cada sitio u ocupación constituye una realidad en sí misma, creemos que en conjunto presentan ciertos patrones comunes que permiten diferenciarlas de la etapa anterior (Arcaico) como del momento posterior dentro del PAT. Al mismo tiempo representan las condiciones y procesos a través de los cuales se gestó, en Chile central, la transición y/o cambios desde sociedades eminentemente cazadoras recolectoras a sociedades hortícolas con desarrollo pleno de la alfarería y otras tecnologías.

Abordaremos este análisis confrontando los datos de las CAI con los disponibles para los tiempos previos y

posteriores en el área, apoyándonos especialmente en los patrones de subsistencia, movilidad y artefactos utilizados. Si bien la cantidad y naturaleza de las evidencias arqueológicas son aún precarias y distan mucho de los antecedentes que desearíamos tener, creemos que los datos, en su conjunto, apoyan la caracterización e interpretación que hacemos de esta etapa.

Subsistencia

La interpretación sobre patrones de subsistencia en arqueología, en especial para el cambio hacia estrategias hortícolas o agrícolas, se apoyan fuertemente en el estudio de los restos alimenticios, sus relaciones porcentuales y características y en análisis de restos óseos humanos.

En nuestro caso de estudio, existen pocas evidencias directas para realizar inferencias acerca de la subsistencia de los grupos de las CAI. Sin embargo, éstas junto a otras evidencias indirectas, parecen indicar que ésta no sufrió cambios significativos respecto a lo que se ha definido para el Arcaico, es decir, se mantienen la caza, pesca y la recolección como las actividades fundamentales.

Las evidencias de cultivos en los períodos arcaico y alfarero inicial son muy escasos. Para el arcaico, las únicas evidencias que se conocen a la fecha en esta zona se encuentran en el sitio Las Morrenas ubicado en la alta cordillera en el cajón del Maipo (Peralta y Salas 2000), donde se han encontrado quínoas con bandas de cultivo asociadas a la ocupación de grupos cazadores recolectores sin cerámica, con fechas de 1400-900 aC (Planella com. pers.). Si bien esta es una evidencia importante en relación al desarrollo o adopción de prácticas agrícolas, no nos permite plantear el manejo de cultígenos por parte de estos grupos ya que es un dato único, proviene de una ocupación de grupos cazadores recolectores cordilleranos con un amplia

movilidad, y no está claro la naturaleza de la presencia de estos restos en ese contexto que podría explicarse tanto por una producción propia o a su obtención a partir de otros grupos de la vertiente oriental de la cordillera que ciertamente manejan cultígenos en ese tiempo (Lagiglia 1978).

Para el período alfarero temprano inicial se ha registrado sólo una probable quínoa con banda de cultivo en la cuenca de Santiago, proveniente de la primera ocupación del sitio Lonquén (Belmar y Quiroz 2000 ms). No obstante, al ser sólo probable y su cantidad tan escasa ($n=1$) no permite tampoco certezas acerca de un verdadero manejo de cultígenos y el alcance que eventualmente podría tener. En todo caso este sitio tienen fechas que lo enmarcan dentro del momento más tardío de las CAI.

La importancia de los recursos silvestres no disminuyó entre estos grupos. Si bien sólo pocos sitios cuentan con estudios arqueobotánicos, tanto en el sitio REN como en Lonquén se encontró abundante evidencia de restos carbonizados de origen nativo y silvestres, tales como peumo, gramíneas, ciperáceas, leguminosas, frutilla silvestre, lúcumo silvestre y otros frutos no identificados (Belmar y Quiroz, 1999 y 2000 ms).

Creemos que la caza sigue siendo una actividad importante ya que en todos los sitios analizados se encuentran puntas de proyectil, las que morfológicamente son muy similares a las del Arcaico (Vera 1998 ms): triangulares de base cóncava, medianas y largas, lo que sugiere el mismo tipo de propulsor (estólica).

Otro aspecto relevante es que al parecer la forma de procesamiento de los vegetales no cambia respecto al Arcaico: las formas de las manos siguen siendo discoidales planas, y su accionar es sobre superficies inmóviles planas, aunque la recurrente presencia de pigmento rojo en las manos Arcaica podría sugerir un uso algo diferente.

Las evidencias, en conjunto, sugieren que la economía de subsistencia no sufrió grandes cambios respecto a la etapa Arcaica, donde la caza y recolección de vegetales silvestres (tanto para consumo como para otros usos) sigue siendo la base, con o sin el eventual complemento de cultivos. Esto se ve apoyado por los escasísimos antecedentes sobre dieta derivados de la antropología física, que apuntan a patrones más de cazadores-recolectores que a poblaciones agrícolas (Stehberg 1976).

En momentos posteriores al 200 dC. creemos que se produce un importante cambio. Entre los grupos Bato se mantendría un énfasis cazador recolector hasta fi-

nales del milenio, con un equipamiento lítico similar al de las comunidades alfareras iniciales: puntas triangulares de base escotada, manos discoidales planas y morteros planos. Entre los grupos Llolleo, en cambio, las evidencias sugieren una pérdida de importancia de la caza (disminución o ausencia de puntas de proyectil en algunos sitios) y la aplicación de una tecnología de molienda orientada a la producción de importantes cantidades de harina con morteros con un canal de molienda en "U" muy definido, que es reactivado periódicamente, y manos a partir de nódulos naturales sin modificación (Vásquez 2000 ms), particularmente en sitios del interior.

Si bien existen evidencias de manejo de cultivos por parte de estos grupos, estas evidencias son difíciles de evaluar. En el sitio La Granja se encontró poroto, maíz, quínoa, zapallo y calabaza (Planella y Tagle 1998), lo que evidencia el manejo de un espectro de cultígenos. Sin embargo, al ser éste prácticamente el único sitio que cuenta con este tipo de análisis es difícil evaluar la real importancia de estos elementos en la dieta de estos grupos.

Otra línea de evidencias que podría apoyar la idea de la importancia de los productos cultivados en los grupos Llolleo del interior son los resultados de los análisis mediante Rayos-X en restos óseos del sitio El Mercurio (400-900 dC) que indican una dieta compuesta principalmente por elementos ricos en Zn, lo que se ha interpretado como una dieta basada en legumbres y maíz (Falabella et al. 1995-96). Esta inferencia se ha visto reafirmada por la evidencia de abundantes caries en los dientes de los individuos del mismo sitio, interpretado como efecto de una dieta rica en carbohidratos (Solé, 1991, ms).

Movilidad

Creemos que el sistema de asentamiento de los grupos de las CAI se mantuvo similar a tiempos anteriores. Este aspecto es difícil de observar a partir del registro arqueológico, y nuestras inferencias se construyen en base a otros supuestos o bien evidencia indirecta.

Se podría sugerir que la ocupación del valle central por parte de los grupos de las CAI marca una diferencia importante respecto al arcaico, cuyas ocupaciones no las hemos encontrado en el valle mismo sino en los cordones montañosos aledaños (Cajón del Maipo, Cordón de Chacabuco, Cordillera de la Costa) (Cornejo et al. 2000, Hermsilla et al. 1997-98, Hermsilla y

Saavedra 1997, Jackson y Thomas 2000). Sin embargo creemos que esto se debe a un problema de visibilidad de este tipo de sitio y a las condiciones de depositación de la cuenca. De hecho las dos ocupaciones registradas en el valle central de las CAI (Lonquén y REN) se ubican a grandes profundidades (más de 1 metro) y los sitios no hubieran sido descubiertos si no contaran con ocupaciones más recientes arriba observables en superficie (caso de Lonquén), o debido a trabajos fortuitos extra arqueológicos que implicaban excavación y remoción de tierra (caso REN).

Los circuitos de movilidad de estos grupos, en comparación con la de los grupos Arcaicos, no parecen haber cambiado tan radicalmente. Durante el Arcaico ciertamente hay algunos elementos que permiten reconocer un cierto aire de familia entre todos los sitios de este período de la región como son las puntas triangulares de base recta o levemente cóncava, la morfología de los implementos de molienda (manos discoidales planas y morteros planos) y las piedras horadadas.

Por otra parte, también hay evidencia de recursos no locales en distintos sitios. Es el caso de la presencia de obsidiana (cuyas únicas fuentes conocidas se encuentran en la cordillera) en los sitios del valle (Cuchipuy, Kaltwasser et al. 1980 y La Fortuna B, Jackson y Thomas 2000) y costa (Las Cenizas, Gajardo-Tobar 1958-59), y de conchas de moluscos marinos en el interior (Cuchipuy, Kaltwasser et al. 1986 y Tagua-Tagua II, Duran 1980). En Cuchipuy la mayor parte de las puntas están elaboradas en obsidiana, pero no hay información acerca de la cadena operativa de su manufactura por lo que no podemos evaluar su presencia en este lugar. Respecto a los moluscos marinos en Tagua-Tagua II no se entregan datos cuantitativos por lo que tampoco podemos evaluar su importancia relativa respecto a los otros recursos locales (Al respecto Jackson y Thomas (2000) plantean que los moluscos marinos tuvieron un rol de status más que de consumo en los valles interiores).

No obstante lo anterior, los patrones de subsistencia son tan marcados y especializados, que no parece posible establecer mayores relaciones entre ellos (cf. Cornejo et al. 2000): los grupos costeros tienen una dieta basada casi exclusivamente en recursos del mar (moluscos, peces, otáridos) (Ramírez et al. 1991; Falabella y Planella 1991), mientras que los grupos de la cordillera cazan casi exclusivamente guanaco (complementado seguramente con recursos vegetales) (Cornejo et al. 2000), y los grupos interiores que ocupan ambientes lagunares, como Cuchipuy y Tagua-Tagua II

ubicados en las riberas de la ex laguna Tagua-Tagua, ocupan mayoritariamente recursos locales: ranas, coipos, roedores, aves acuáticas (Kaltwasser et al. 1986), guanaco y cérvido (Durán 1980). Esto podría ser indicio de que los circuitos de movilidad de estos grupos no eran tan amplios o que, de haber movilidad, la alimentación se obtenía localmente en cada asentamiento del circuito.

En los grupos de las CAI observamos una situación similar: El hallazgo de moluscos marinos en el interior es más bien ocasional y en frecuencias poco importantes, al igual que la presencia de obsidiana en los sitios del valle y la costa, donde se encuentra principalmente en instrumentos formatizados y muy escasos desechos.

El modo de vida principalmente cazador recolector propuesto para estos grupos implica necesariamente cierto grado de movilidad por las condiciones ambientales de la zona de estudio -en especial para la ocupación de la cuenca de Santiago- ya que las estrategias de ocupación del espacio (sistema de asentamiento) se definen acorde a las estrategias y necesidades de obtención de los recursos (Jochim 1981). Si bien existe una diversidad de grados y de posibles combinaciones al respecto, aspectos difíciles de inferir a partir del actual registro, las actividades hortícolas no necesariamente implican sedentarización (Johnson 1989). Además, para el caso de los grupos de las CAI, no está claro ni la presencia de este tipo de prácticas, ni el alcance que puedan haber tenido en la economía de subsistencia.

De hecho los sitios estudiados se comportan como basurales mas o menos densos de 15-50 cm de espesor, depósito que puede haberse formado tanto por una sola ocupación más larga o por diversas ocupaciones sucesivas en el tiempo. No obstante, no se encuentran restos de las estructuras de las habitaciones, pisos preparados u otra infraestructura que indique la presencia de habitaciones más permanentes, por lo que se ha inferido la construcción de viviendas de materiales perecederos.

Esta misma situación es en gran parte válida para el momento posterior al 200 dC. Si bien hay un notorio aumento de los sitios pertenecientes a este momento, lo que puede señalar diferencias demográficas, del sistema de asentamiento o de la configuración social, éstos se presentan con las mismas características descritas para el momento anterior. De hecho, aquí es más claro que los sitios de grandes extensiones, tanto costeros como del interior, tienen escaso depósito y se

comportan como agrupaciones lenticulares yuxtapuestas, lo que ha sido interpretado como ocupaciones superpuestas en forma desplazada en distintos momentos, lo que en algunos casos también ha sido confirmado por los fechados (Vásquez et al. 1999). Esto es válido incluso para los grupos Llolleo donde los cultígenos podrían tener mayor importancia (caso de sitios Hospital y El Mercurio).

Sin embargo, la movilidad de estos grupos Llolleo supuestamente hortícolas sería menor ya que tanto los patrones de dieta (inferida a partir del análisis de Rayos X) como las características de la cerámica (origen de antiplásticos) parecen indicar que se trataría de poblaciones que pasan la mayor parte de su tiempo en ambientes diferenciados (costa/interior) (Falabella et al. 1995-96).

Alfarería

La diferencia más notoria entre las CAI y los grupos del período arcaico es la presencia de alfarería en sus contextos. Si bien por muchos años se homologó "sitio cerámico" con "grupos alfareros" productores y usuarios de cerámica y se asumía que ello a la vez implicaba un modo de subsistencia agrícola, en los últimos años se ha reconocido la existencia tanto de cazadores-recolectores que producen y utilizan vasijas cerámicas, como de cazadores-recolectores que sólo usan recipientes elaborados por otros. Del mismo modo se han visto situaciones en las que inicialmente la cerámica no tiene una utilización amplia en las actividades domésticas cotidianas (Barnett y Hoopes 1995). En Chile central ya se han interpretado ciertos contextos con cerámica del PAT en la cordillera del valle del río Maipo, como pertenecientes a grupos de cazadores-recolectores cordilleranos que obtendrían sus vasijas de distintas fuentes (Cornejo y Sanhueza 2000 ms). Es decir, la mera presencia de cerámica en un sitio en los inicios del PAT no estaría marcando necesariamente una producción de alfarería. Bajo esta perspectiva es posible que algunos sitios con escasas evidencias alfareras, como Curaumilla 1 y Curaumilla 2, correspondan a formas diferentes de adopción y/o utilización de la alfarería en estos momentos iniciales que la que se dio en otros sitios.

En relación a las características de la producción alfarera de las CAI, éstas presentan ciertas particularidades distintivas que permiten diferenciarlas en términos generales de la producción observada en tiempos posteriores.

El conjunto cerámico de los sitios pertenecientes a este primer momento se configura con vasijas simples: perfiles inflectados, sin bases definidas y preferentemente sin asas o eventualmente con asas mamelonares. Las decoraciones están limitadas a la pintura (pigmento rojo, hierro oligisto, pigmento rojo y hierro oligisto, rojo sobre engobe crema). En términos tecnológicos se observa una diversidad que sugiere una independencia de las comunidades productoras. En suma, si bien cada sitio estudiado de este momento es una realidad en sí, la producción cerámica destaca por su homogeneidad en su aspecto externo (Sanhueza y Falabella 1999-2000).

Hacia el 200 dC la producción alfarera presenta variados y notorios cambios. En el aspecto formal, se observa la aparición de un variado repertorio de formas y tamaños, que antes no se encuentran: vasijas con perfiles compuestos y complejos, vasijas asimétricas, con uno o dos golletes, uno eventualmente cribado, asas en arco de correa, asas bifurcadas, bordes reforzados, vasijas de grandes tamaños. En el aspecto decorativo, es en este momento donde vemos el inicio de todas las decoraciones plásticas que implican ya sea remoción o aplicación de arcilla (incisos y modelados) que algunas veces comprometen la estructura misma de la pieza, ya sea con motivos geométrico, o antropo, zoo y fitomorfo (Sanhueza et al. 2000 ms).

Lo más interesante de este proceso, es que en este momento los estilos tecnológicos de manufactura de los distintos grupos ya están definida y que las diferencias implicadas, relacionadas con preferencias culturales y líneas de transmisión de conocimientos de la artesanía alfarera, también comienzan a ser expresadas en el exterior de las vasijas, tanto a través de las formas fabricadas como a través de la decoración aplicada a las vasijas. Al respecto llama especialmente la atención que la diferenciación en términos decorativos sea especialmente evidente justamente al principio de este segundo momento del PAT: los incisos punteados del complejo Bato son notoriamente más abundantes en sitios con fechas tempranas que en los sitios Bato con fechas tardías dentro de este período. Por otro lado, estas diferencias se correlacionan con otras identificadas en el plano económico y de ritual mortuario, p.e.. Las diferencias también son observables en el uso dado a las vasijas. Los tamaños inferidos para las vasijas de las CAI indican casi exclusivamente vasijas pequeñas y medianas, con huellas de exposición al fuego, por lo que podrían haber sido utilizadas para el procesamiento de alimentos, a una escala reducida. En tiempos

posteriores la presencia de vasijas de tamaños mayores indican un cambio ya que permiten ya sea procesamiento de grandes cantidades de alimentos o su uso para almacenamiento. Un dominio aparte es su reutilización como urna funeraria para niños en el caso del complejo Llolleo.

Recapitulación

El inicio del PAT en Chile central ha sido definido por la aparición de alfarería en los contextos. Creemos, sin embargo, a partir de los antecedentes entregados, que la adopción de esta nueva tecnología tuvo implicancias menores en los grupos de Chile central. De hecho, si bien la adopción de esta nueva tecnología debe haber provocado ciertos cambios relacionados con la adopción de un nuevo conocimiento y habilidad (quienes elaboran la cerámica, como se traspasa el conocimiento), organización del tiempo de las labores domésticas (tiempo para buscar materias primas y para elaborar cerámica) y cambios en el modo de procesamiento de los alimentos (uso para cocción de alimentos), éstos no parecen haber afectado de manera importante (o al menos que quedara registrada por nosotros) aspectos económicos o sociales de estos grupos (economía de subsistencia, movilidad, organización social).

La adopción de la alfarería fue sin duda un proceso lento y heterogéneo en la medida que quizá no todos los grupos de la región la adoptaron simultáneamente y algunos al parecer nunca lo hicieron (grupos de cazadores recolectores cordilleros, Comejo y Sanhueza 2000 ms).

Creemos, al respecto, que no es hasta hacia el 200 dC, unos 1000 años después de las primeras evidencias cerámicas en la zona, que el registro indica que se ha llegado a una situación social donde se producen procesos que involucran cambios en aspectos fundamentales de la subsistencia de algunos de estos grupos (Llolleo) asociados a mecanismos de diferenciación e identificación grupales, que se expresan fuertemente en la producción alfarera de estos grupos.

Sin duda, este es un proceso que no ocurrió de un momento para otro. Es por esto que la fecha 200 dC representa tan sólo el momento en que estos procesos se materializan de tal forma que podemos reconocerlos claramente a partir del registro arqueológico. Así lo sugieren los sitios que presentan características diferenciadoras en fechas antes del 200 dC (Sanhueza y Falabella 1999-2000) así como la presencia de tembetás y pipas, dos de los elementos más caracte-

rísticos de los momentos posteriores del PAT en Chile central, en algunos de los sitios con fechados más tardíos dentro de esta etapa alfarera inicial. Estos dos últimos elementos se asocian a situaciones de identificación social, por su visibilidad en el caso de los tembetás, y a situaciones sociales específicas o personajes especiales en el caso de las pipas. Ambas evidencias apoyan la idea de que este es un proceso que se desarrolla lentamente y que culmina con la generación de al menos dos agrupaciones claramente distintas en la región hacia el 200 dC.

A partir de la discusión precedente cabe entonces cuestionarse si es pertinente destacar un cambio de período a partir de la aparición de la alfarería en el registro arqueológico marcando un hito en la periodificación. Si bien las periodificaciones son construcciones esquemáticas que permiten ordenar secuencialmente acontecimientos, también es cierto que los cortes en ellas se realizan en momentos en que hay cambios que se juzgan (social o históricamente) significativos. En este sentido, nos parece de suma importancia explicitar claramente cuales son estos cambios y cuales son sus alcances. En el caso de Chile central, el inicio del PAT se estaría definiendo actualmente sólo por la presencia de cerámica en los sitios, lo que, como hemos visto, no está asociado a otros cambios de importancia, que sí ocurren tiempo después.

No es nuestra intención aquí intentar un cambio en la periodificación, ni un cambio de nomenclatura de la misma. De hecho, aún la cerámica nos parece un indicador válido, por la facilidad de su detección. Pero sí nos parece de vital importancia que quede lo más claro posible los alcances e implicancias del comienzo de este nuevo período que, en este caso particular, se restringiría a la adopción de una nueva tecnología artesanal, sin implicancias en otros órdenes sociales y destacar que hacia el 200 d.C. ocurren otros cambios significativos que ameritarían ser explicitados en la periodificación regional.

Bibliografía

- BARNETT, WILLIAM K. y JOHN W. HOOPES 1995. The emergence of pottery. Technology and innovation in ancient societies. Smithsonian Institution Press, Washington.
- BELMAR C. Y L. QUIROZ 1999 (ms). Informe de flotación: sitios Hospital y Radio Estación Naval. Informe Avance Proyecto Fondecyt 1970910.

- BELMAR C. Y L. QUIROZ 2000 (ms). Informe arqueobotánico: Lonquén y Las Palmas. Informe Final Proyecto Fondecyt 1970910.
- CORNEJO L., M SAAVEDRA Y H. VERA 2000. Asentamientos arcaicos tardíos en El Manzano (Río Maipo). En Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Copiapó, Contribución Arqueológica N°5, Museo regional de Atacama. Tomo I: 621-637.
- CORNEJO L. Y L. SANHUEZA 2000 (ms). Cazadores recolectores tardíos en la cordillera de Chile central.
- DURAN E. 1980. Tagua Tagua II, nivel de 6130 años. Descripción y relaciones. Boletín del MNHN N°37: 75-86.
- FALABELLA Y PLANELLA 1991. Comparación de ocupaciones precerámicas y agro-alfareras en el litoral de Chile central. En Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo III: 95-112. Santiago.
- FALABELLA F., E. ASPILLAGA, R. MORALES, M.I. DINATOR Y F. LLONA 1995-96. Nuevos antecedentes sobre los sistemas culturales en Chile central sobre la base de análisis de composición de elementos. Revista Chilena de Antropología N°13:29-59.
- GAJARDO-TOBAR R. 1958-59. Investigaciones acerca de las "piedras con tacitas" en la zona central de Chile (Comunicación preliminar). Anales de Arqueología y Etnología Tomos XIV-XV: 163-204. Universidad Nacional de Cuyo.
- HERMOSILLA NURILUZ Y BARBARA SAAVEDRA 1997. Uso de recursos y estilos de vida: el caso de la Cueva el Carrizo, Cordón de Chacabuco. Contribuciones Arqueológicas N°5:451-472 (Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Copiapó)
- HERMOSILLA N., B. SAAVEDRA Y J. SIMONETTI 1997-98. Ocupaciones prehistóricas marginales en Chile central. Revista Chilena de Antropología N°14:113-125.
- JACKSON D. Y C. THOMAS 2000 El Arcaico de la comuna de Lampa, Chile central. Arqueología de Chile Central. Segundo Taller (1994). 14 Diciembre 2000, <http://members.tripod.cl/acta94/jackson.htm>, Diciembre 2000.
- JOCHIM, MICHAEL A. 1981. Strategies for survival Academic Press, NY.
- JOHNSON A. 1989. Horticulturalist: economic behavior in tribes. En Economic Anthropology. S.Plattner Ed. Standford University Press.
- KALTWASSER J, A. MEDINA Y J, MUNIZAGA 1980. Cementerio del período Arcaico en Cuchipuy. Revista chilena de Antropología N°3: 109-123
- KALTWASER J., A. MEDINA, E. ASPILLAGA Y C. PAREDES 1986. El hombre de Cuchipuy. Prehistoria de Chile central en el período Arcaico. Actas del X Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Chungara N°16-17: 99-105.
- LAGIGLIA, HUMBERTO 1978. El proceso de agriculturización del sur de Cuyo: la cultura del Atuel II, Actas V Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Juan.
- PERALTA PAULINA Y CAROLINA SALAS 2000. Patrones de asentamiento de cazadores recolectores cordilleranos: una categoría particular de sitio arqueológico. Boletín de la SCHA N°29: 20-30.
- PLANELLA M.T. Y B. TAGLE 1998. El sitio agroalfarero temprano de La Granja: un aporte desde la perspectiva arqueobotánica. Publicación Ocasional N°5, MNHN.
- RAMIREZ J.M., N. HERMOSILLA, A. JERARDINO Y J.C. CASTILLA 1991. Análisis bio-arqueológico preliminar de un sitio de cazadores recolectores costeros: Punta Curaumilla-1, Valparaíso. En Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo III: 81-95. Santiago.
- Sanhueza Lorena y Fernanda Falabella 1999-2000. Las comunidades alfareras iniciales en Chile central. Revista Chilena de Antropología N°15: 29-48.
- SANHUEZA L., M. VASQUEZ Y F. FALABELLA 2000 (ms). Las sociedades alfareras tempranas de la cuenca de Santiago.
- SOLE LORETO 1991 (ms). Informe bioantropológico de los restos humanos del sitio El Mercurio.
- Stehberg Rubén 1976. Un sitio habitacional alfarero temprano en el interior de la Quinta Normal, Santiago, datado en 180 años A.C.. Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige. Universidad del Norte. pp: 127-140.
- VASQUEZ MARIO 2000(ms). Síntesis Lítica. Informe Final Proyecto Fondecyt 1970910.
- VASQUEZ M., L. SANHUEZA Y F. FALABELLA 1999. Nuevos fechados para el período agroalfarero temprano en la cuenca de Santiago: presentación y discusión. Boletín de la SCHA N°28: 9-18.
- VERA HECTOR 1998(ms).El Manzano 1: tecnología de puntas de proyectil en la precordillera de Chile central.